

# En el homenaje a profesores universitarios

Me corresponde ahora, en representación de mis colegas hoy reconocidos como “maestros universitarios”, dirigir la palabra. Evidentemente es ya un compromiso formidable pretender ser vocero fiel de la posición que tan connotados colegas tomarían en una circunstancia como ésta. Asumo entonces, la completa responsabilidad de mis palabras y les ruego ser indulgentes si mi posición se contrapone muy radicalmente a la vuestra.

En verdad es éste un acto a la vez sorprendente y riesgoso. Sorprendente por lo inesperado, porque no es el magisterio universitario la búsqueda de este tipo de reconocimientos por lo demás propios, de tiempo en tiempo, de la liturgia académica de la universidad, si bien puede tener sentido para muchos la expresión de Camus de que “Todo hombre, y con mayor razón todo artista, desea ser reconocido”. Riesgoso, porque quienes dedicamos buena parte de nuestras vidas a la búsqueda del conocimiento somos naturalmente irreverentes con las “verdades establecidas”, siendo así, llega un momento en que corremos el peligro de empezar a ser contemplados como puntos de referencia del grupo profesional al cual pertenecemos, y ese momento, con mucha frecuencia, coincide con un punto de momificación profesional, es decir: nuestras concepciones empiezan a ser tomadas como “verdades establecidas” y éste sería un flaco servicio de un maestro universitario.

Sin embargo, nos rendimos a esta liturgia universitaria a riesgo de parecer por lo menos enrevesados. Al fin y al cabo es la misma condición de docente la que acá nos ha colocado y seguramente nos sentimos orgullosos de ella.

Pero el título de “Maestro Universitario” que se nos concede ahora, por lo demás, con suma indulgencia si nos atenemos a la significación que implica, nos parece que quiere reconocer más una labor ya hecha que una por hacer y es en este punto donde obliga un examen.

La Universidad como centro de formación superior promueve el desarrollo del país en todos sus órdenes: social, económico, cultural y científico; pero no por ello puede estar por encima de las realidades de la sociedad dentro de la cual se desenvuelve, sino que su misma dinámica refleja esa realidad social. Realidad que tiene, en nuestro caso, dos características entre otras: está dirigida por una clase política creadora de soluciones inmediatistas para ahogar los acosos de una sociedad donde la desocupación, el bajo nivel de escolaridad y el tráfico de drogas con todas sus secuelas, dominan el panorama social, panorama desolador que en alguna medida, tanto por acción como por omisión, esta misma clase política ha contribuido a formar. De otro lado, nuestro país forma parte del conjunto de la estructura económica general, en donde domina la llamada economía mundo, que nos sitúa en un círculo de influencia bastante alejado de ese centro de dominio económico y somos, en consecuencia, arrastrados por los intereses de esos centros de poder económico. Triste destino. Nuestras universidades son entonces tributarias de ese engranaje económico, que al venir siendo consideradas desde hace ya largo tiempo como casos de orden público y no centros civiles de la cultura, de tal manera que sólo los costos políticos de cierres muy prolongados garantizan su funcionamiento intermitente, son mantenidas en condiciones tan inapropiadas que se han reducido en gran medida a simples

repetidoras, por lo demás en condiciones precarias aún a este nivel, de un saber que en gran medida se inscribe dentro de una transferencia, acrítica por lo mecánica, de tecnologías no necesariamente adecuadas a nuestra realidad económica, cultural o aún ecológica, en la función de formar sólo menestrales y no verdaderos profesionales conscientes de las posibilidades o limitaciones de su saber. Podría decirse, que la universidad colombiana como generalidad, es entonces, una institución coja desde que la investigación, como uno de los pilares centrales de la esencia misma del quehacer universitario, no haya logrado el carácter institucional que naturalmente le corresponde quedando relegada a la muy precaria condición de una labor individual, en no escasas ocasiones bizzarria de unos pocos interesados. Siendo así, la jornada de trabajo del profesor es mirada en función de las horas tiza, y el “Departamento”, por sustracción de materia pasa a relevar a la “División de carrera” quedando ésta relegada a una función secretarial de aquél, en la administración del “curriculum”. Toda esta deformación de la estructura interna de la institución universitaria, menguada en sus bases, tiene profundas repercusiones tanto en la formación del profesional, como en el quehacer del docente. Es así como la formación profesional se reduce a un puro estímulo del tecnologismo, convirtiendo a los futuros profesionales en “menesterosos de los conocimientos técnicos inmediatamente utilizables” para valernos de la expresión de Laín Entralgo, y a los profesores en reduccionistas del conocimiento a enumeraciones mecánicas y técnicas tomadas fuera del contexto dentro de la cual se formularon y esclavos de la tiza y el borrador, que se pliegan a quienes consideran que la repetición teórica de las técnicas en sí, sólo tiene que ser complementada con un atosigamiento con prácticas mecánicas, como diapoda sobre la cual se debe erigir la formación profesional. Carece, pues, todo este panorama del poder formador de la investigación, así sea ésta muy sencilla, pero que si se realiza con seriedad hace posible por lo menos desarrollar una cierta capacidad para formular hipótesis, plantear adecuadamente los problemas y ensayar soluciones a las dificultades que surjan en un proceso cualquiera, es decir, además de la investigación en cuanto generación de conocimiento de valor fundamentalmente para el docente, la investigación con estudiantes tiene un carácter formativo y en tal sentido es irremplazable.

Es pues, en mi sentir, nuestra universidad colombiana, así descrita, un producto deformado surgido de los entresijos de una estructura social que adolece, y a la cual peligrosamente puede irse acomodando el cuerpo docente, hasta conformar lo que Unamuno temía de la universidad española anterior a la segunda guerra mundial: “templos civiles de la cultura patria, —que— se achican y oscurecen en oficinas de facultades para ganarse la vida que pasa y no queda en la historia”. Triste destino éste que parece estar asentándose en nuestros claustros universitarios y labor importante hacer conciencia de él para librarse de sus sofocantes tentáculos. Es necesario librar las carreras técnicas de lo puramente codificado, desarrollar en torno a esas técnicas un espacio de discernimiento de las mismas, que permita discutir sobre su verdadera naturaleza, origen y posibilidades, aunque así nos estemos marginando de las exigencias de la industria que sirven a sus intereses estrechos pero no a los de la sociedad toda, que bien diferentes son.

A un ejercicio profesoral así concebido en mi caso y a una concepción propia similar o diferente que ha iluminado un fecundo ejercicio docente en el caso de mis colegas, puede corresponder este homenaje. En tal sentido lo acatamos y agradecemos, esperando de todas maneras poder continuar prestando nuestro modesto concurso a la formación universitaria, en la idea de que “enseñar es ante todo y sobre todo, aprender”, para apropiarnos de las palabras del filósofo español.

LUIS JAIR GOMEZ C.